



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

misma dirección básica: demostrar la imposibilidad de separar el humanismo y la revolución, y demostrar que el humanismo revolucionario y la revolución humanista son la única alternativa de nuestro tiempo. Estas respuestas incluían muchas repeticiones. Pero en una época en que la humanidad es repetidamente amenazada y violada por la inhumanidad agresiva, una repetitiva insistencia en el humanismo y en la revolución parece algo indispensable.

## CAPÍTULO XXI

### ¿QUE SIGNIFICA “SER MARXISTA”? \*

*Adam Schaff*

Erich Fromm es un pensador que consciente y manifiestamente se ha inspirado en el marxismo. Pero no es, y por sus intereses no podría serlo, un mero intérprete de las ideas de otro hombre; por el contrario, es un pensador original que, con independencia de las fuentes que puedan estimularlo, sigue su propio camino y abre nuevos campos. En consecuencia, a menudo ha sido centro de controversias, y nunca en una medida mayor que cuando se ha tratado de “clasificarlo” en esta o aquella escuela. Estos intentos inevitablemente chocaron con dificultades, y lo mismo puede decirse acerca de la controversia sobre la relación de Fromm con el marxismo. Para cada uno de los argumentos empleados para demostrar que es un marxista, se ha encontrado otro para probar lo contrario.

Evidentemente, encasillar a un pensador no es lo más importante. Tampoco es una tarea particularmente simple cuando se está ante un espíritu creador e innovador; por cierto, por lo común la tarea resulta prácticamente imposible. No obstante, puede ser un gratificante ejercicio en la medida en que eche nueva luz sobre un cuerpo de trabajo y las corrientes intelectuales contemporáneas. Esta es la idea básica del presente ensayo. No me propongo “clasificar” a Fromm o juzgarlo de acuerdo con las normas de la ortodoxia marxista. Esto no tendría sentido. Perteneczo a las personas que tienen en muy alta estima no sólo su labor como filósofo sino también su posición como hombre. Estoy convencido de que no sólo se ha inspirado en el marxismo sino de que también ha abierto nuevas rutas a la investigación dentro del enfoque marxista. De este modo, me parece fecundo y justificado considerar la obra de Erich Fromm desde esta perspectiva, en especial para quien es un marxista. Las siguientes observaciones son presentadas así como una contribución teórica para la realización de un análisis de este tipo.

Preguntas como “¿Qué significa ser un marxista?” o su complemento: “¿Qué significa ser un revisionista?”, no son nuevas. Se las ha reformulado en todos los períodos y cada vez que a la palabra “marxista” no se le dio la grosera y simplista interpretación de un partidario de determinada doctrina “ortodoxa”, en el sentido de una fidelidad absoluta a la enseñanza de los maestros.

\* Copyright 1971 de Adam Schaff.



Todo aquel que rechaza esta concepción dogmática y, en la práctica, inútil de lo que significa “ser un marxista”, que considere el marxismo como una ciencia y así como un sistema abierto que debe desarrollarse y modificarse junto con los cambios de la realidad y de su aprehensión por parte de la humanidad, debe también enfrentar el problema de determinar cuáles concepciones son marxistas y cuáles no. Cuando surgen problemas nuevos, es inútil volver a los escritos clásicos, puesto que sus autores no previeron ni pudieron prever —dado que eran estudiosos, no profetas— los problemas y situaciones nuevas; de esta manera, la pregunta “¿Qué significa ser un marxista?” y su contraparte “¿Qué significa ser un revisionista?”, conservan siempre su validez.

En nuestro tiempo, estas preguntas deben formularse no sólo por la aparición de problemas nuevos sino también por la gran confusión que ha provocado la lucha librada por diversos grupos dentro del movimiento internacional que invoca al marxismo como su teoría o ideología; en consecuencia, conceptos como “marxista” y “revisionista” son despojados de su significado científico y utilizados en cambio como descripciones emotivas de blancos inmediatos de la lucha política. Naturalmente, ello no ayuda a aclarar ideas tan complejas y vagas como éstas. No obstante, el concepto de “ser marxista” tiene un significado racional que merece ser rastreado en vista de la gravedad de las polémicas que hoy se desarrollan.

Cuando decimos que alguien es un marxista, queremos decir que ha optado por un determinado conjunto de ideas conocido como “marxismo”. Este hincapié en el aspecto subjetivo de “ser un marxista” —subrayando la idea de que para ser un marxista, un hombre debe querer serlo— es, creo, sumamente importante. El mero hecho de proclamar determinadas proposiciones que están de acuerdo con el marxismo, o incluso que se derivan de él, no basta para convertir a alguien en un marxista. Después de todo, puedo estar en desacuerdo con las demás partes de la doctrina —un hecho muy común hoy, sobre todo entre sociólogos e historiadores— o incluso no tener conciencia de que sus puntos de vista se derivan del marxismo, tan cabal y orgánicamente ha absorbido la ciencia moderna las ideas de Marx. En otras palabras, no puede haber un marxista a pesar suyo, puesto que la palabra implica un acto deliberado de compromiso con el marxismo en tanto movimiento intelectual.

Querer ser un marxista —es decir, declarar la propia adhesión a la doctrina— es una condición necesaria para ser considerado un marxista. No obstante, es igualmente cierto que no es una condición suficiente. Hay una obvia diferencia entre querer algo subjetivamente y serlo objetivamente. Las buenas intenciones no bastan para convertir a alguien, digamos, en un pianista, un tenista o un estudioso, y lo mismo puede decirse de ser un marxista. También en este caso, no se necesita sólo la voluntad de serlo, sino además la capacidad, y ésta es una condición objetiva y comprobable.

De este modo, para ser un marxista en el campo de la teoría, es preciso tener una cierta capacidad, y esa capacidad —una cierta suma de conocimiento— debe estar genéticamente conectada con los puntos de vis-

ta de Marx y sus sucesores, puesto que ellos constituyen el conjunto conocido como “marxismo”. ¿Pero *qué tipo* de capacidad se necesita, y cómo ha de ejercérsela para merecer el nombre de “marxista”?

La respuesta más simple podría ser: un conocimiento lo más completo posible de los escritos de Marx, Engels y los demás clásicos, y un fiel cultivo y continuación de sus ideas. Pero esta interpretación dogmática del marxismo como una especie de credo debe ser criticada, pues, como lo han demostrado las vicisitudes históricas del marxismo, incluso una posición tan absurda no carecería de partidarios. Los clásicos del marxismo, empero, insistían en que sus ideas no constituían un sistema, en el sentido de una doctrina cerrada, sino sólo una guía para la acción. Marx mismo hizo del escepticismo cartesiano un elemento básico de su perspectiva científica. Cuando sus hijas le preguntaron cuál era su lema favorito, Marx contestó: *de omnibus dubitandum est*. Por lo tanto, un marxista no puede dudar entre el método científico y el pietismo.

En consecuencia, para ser un marxista es preciso conocer las ideas de Marx, Engels y los demás clásicos y —comprendiendo que el postulado del conocimiento perfecto es siempre un modelo— sostenerlas a menos que hayan sido invalidadas o modificadas por el desarrollo de la sociedad y de la ciencia. De acuerdo con esta definición, quien se declare marxista no sólo necesitará no creer dogmáticamente en todo lo que está escrito en los clásicos del marxismo, sino que deberá controlar sus puntos de vista y, si es necesario, modificarlos o incluso rechazarlos por obsoletos. Este es un aspecto que es sumamente importante recordar antes de clasificar a alguien como marxista o como revisionista.

Hasta acá, muy bien: puede pretender legítimamente la designación de marxista todo aquel que ha declarado su adhesión al marxismo, tiene un conocimiento suficiente de sus principios y los defiende a menos que hayan sido superados por el desarrollo histórico de la vida social y la ciencia. Sin embargo, de aquí en adelante, la cuestión no es tan simple ni tan directa como podría parecerlo. Por ejemplo, podríamos reflexionar sobre algunas de las preguntas que surgen en este contexto y, para que la palabra marxista tenga un sentido operativo, exigir una respuesta a los siguientes interrogantes:

¿Quién está autorizado a decidir si una proposición marxista necesita ser modificada o incluso descartada?

¿Hasta dónde podemos llegar en este sentido sin que las declaraciones de adhesión al marxismo dejen de tener sentido? O bien, para decirlo de otro modo, ¿hay algunas proposiciones básicas que no pueden rechazarse sin perder el derecho a llamarse marxista? Y si es así, ¿cuáles son?

¿El problema de la adhesión al marxismo es una cuestión puramente teórica, o también práctica y política? O bien, para decirlo de otro modo, ¿el calificativo marxista puede aplicarse a alguien que adopta la posición marxista en la teoría sin llevarla a la acción en la práctica, o sólo a aquel cuyos puntos de vista teóricos son coherentes con su actividad práctica en la esfera política? ¿Cómo hemos de evaluar y describir a quie-



nes están de acuerdo con la teoría marxista, pero disienten con la política del movimiento comunista en general, o de algún partido comunista en particular?

A estas preguntas —y a otras semejantes— es preciso responder antes de que cualquier contestación general tenga algún valor.

Pero primero debemos enfrentarnos con el problema del revisionismo que, aunque es un correlato de la definición positiva del “marxista”, necesita ser considerado para evitar problemas posteriores.

En primer lugar, debemos llamar revisionista a quien es marxista en tanto conoce los principios del marxismo y ha declarado su adhesión a ellos. Quien se limita a rechazar estos principios porque disiente con ellos es un opositor al marxismo, no un revisionista. Tampoco es un revisionista (en el sentido históricamente aceptado de la palabra) quien, aun reconociendo el valor de un principio determinado, propone algún cambio o enmienda porque considera que en su forma originaria es —o se ha vuelto históricamente— incoherente con los hechos empíricos. Por definición, entonces, un revisionista es (sólo y siempre) un marxista que propugna determinadas modificaciones adecuadamente especificadas de la teoría marxista. Usar esta palabra, como se ha hecho a veces, para denotar un opositor al marxismo que propone un rechazo parcial o completo de esta teoría es impreciso e ilegítimo.

Pero ¿qué tipo de cambios de la teoría marxista debe proponer alguien para ser llamado revisionista, dado que el marxismo es un sistema abierto, lo que significa que puede ser reforzado no sólo con nuevas proposiciones sino también mediante la eliminación de aquellas que se han vuelto obsoletas ante el desarrollo de la ciencia y la realidad social? Puesto que, como sabemos, los clásicos del marxismo *insistieron* en la necesidad de este enfoque crítico y abierto, ¿cuándo y en qué condiciones puede considerarse impropio este procedimiento, dando lugar a la peyorativa descripción de “revisionista”?

De acuerdo con nuestras observaciones anteriores, la respuesta a esta pregunta no ha de ser difícil de hallar: el único cambio legítimo es aquel justificado por la incompatibilidad de la teoría con la realidad; un cambio ilegítimo (“revisionista”, en el mal sentido) es aquel que no está justificado por el desarrollo de nuestro conocimiento del mundo o por la alteración de las circunstancias de la realidad social que investigamos.

Esta fórmula general parece simple, pero una reflexión inmediata, empero, nos exige formular por lo menos tres nuevas preguntas que complican la situación:

1. — ¿*Todo* cambio de este tipo puede ser acusado de “revisionismo”?
2. — ¿Cuál es el *criterio* de compatibilidad que se debe adoptar cuando se proponen cambios, no en las proposiciones teóricas que describen la realidad y establecen sus leyes, sino en las normas y postulados ideológicos?

3. — ¿Qué ha de hacerse si hay *diferencia de opinión* respecto de la adecuación de la teoría y la necesidad de cambio? ¿Qué opinión debe prevalecer? ¿Cuáles deben ser las normas para juzgar: el número de personas que sostienen cada una de las proposiciones contradictorias o el contenido de las mismas?

Mi respuesta a la primera pregunta es decididamente negativa: no todo cambio en la teoría marxista, aun cuando más allá de toda duda no esté fundamentado en la incompatibilidad con la realidad, ha de condenarse como “revisionista”. No debe borrarse la diferencia entre el error —en el cual puede incurrir también un marxista— y el “revisionismo”, puesto que no es posible buscar la verdad sin correr el riesgo de equivocarse; según nos enseña la práctica histórica, el temor a ser calificado de revisionista no puede ser un disuasivo para la indagación creadora. De cualquier modo, sería ridículo juzgar que el marxismo de un pensador no guía la *totalidad* de sus puntos de vista cuando a éstos nada puede reprochárseles desde esta perspectiva pero están equivocados, quizá, de un modo teóricamente no significativo. De este modo, es indudable que no *cualquier* cambio de la teoría marxista propuesto equivocadamente por una persona nos autoriza a tildarla de revisionista; ello dependerá, en cambio, de su *sistema de puntos* de vista respecto de alguna parte importante del marxismo. Pero ¿cuáles son estas partes *importantes* del marxismo? Este problema requiere que demos una respuesta a nuestra pregunta anterior acerca de las proposiciones básicas del marxismo, y los límites de los cambios que puedan hacerse sin perder el derecho a ser llamado marxista.

Para adelantarnos un poco: creo que no hay una respuesta definida para ninguna de estas preguntas. Esto complica enormemente el problema de saber si es legítimo describir algunos puntos de vista marxistas como “ortodoxos” o “revisionistas”. Si echamos un vistazo a la historia del problema veremos que, en el pasado, la palabra “revisionista” se usaba raras veces, y sólo cuando las divergencias teóricas estaban acompañadas por desviaciones *en la práctica política* de los principios de la lucha revolucionaria por el poder o su conservación. Por ejemplo, cuando Lenin atacó la teoría jeroglífica de Plejanov, no la calificó de revisionista sino que la consideró equivocada e incoherente con el marxismo. El uso excesivo de la palabra “revisionismo”, y por lo tanto su consecuente devaluación, es un producto de épocas posteriores.

También en relación con el problema de si todo cambio en la teoría marxista debe considerarse “revisionismo” es preciso tener en cuenta el *marco de referencia* individual. Después de todo, “revisionismo” denota la acción de revisar —en el sentido de cambiar— determinados puntos de vista y sus consecuencias. Pero puesto que el marxismo es un sistema intelectual que se ha desarrollado históricamente, y al que han contribuido diversas personas, siempre debe tenerse en cuenta el tiempo y la etapa específica de la teoría cuando se habla de su revisión.

¿Cuáles, entre los puntos de vista de Marx y Engels, han de respe-





tarse hasta el punto de estar obligados a sostenerlos o bien incurrir en revisionismo? ¿A partir de qué período? ¿Debe suponerse siempre que los puntos de vista posteriores son los más correctos? ¿Qué otros pensadores, además de Lenin, tienen el mismo status? La historia, así como las polémicas ideológicas que ahora se desarrollan en el movimiento de la clase trabajadora, indican que estos interrogantes no carecen de importancia y complican la tarea de quien quiera desarrollar un juicio racional acerca de si determinados puntos de vista deben clasificarse como revisionistas, en lugar de usar simplemente la palabra "revisionista" como insulto.

Las cosas se complican aun más cuando nos enfrentamos con la segunda pregunta: ¿qué ha de hacerse cuando se presentan diferencias de opinión respecto de la validez de las normas y postulados ideológicos? Puesto que, a pesar de las dificultades que hemos mencionado, todavía está en claro qué es lo que está en juego cuando aceptamos la compatibilidad de la teoría marxista con la realidad como criterio para la admisión de cambios. No obstante, esto se aplica a proposiciones que predicán algo acerca de la realidad; es decir, a su descripción en el sentido amplio de la palabra. Por otra parte, cuando desarrollamos una ideología —un sistema de concepciones y actitudes que, sobre la base de un sistema de valores determinado, guía el comportamiento humano hacia una meta reconocida de desarrollo social— nos estamos ocupando no sólo de descripciones, sino también de evaluaciones y normas de conducta que no pueden deducirse lógicamente de proposiciones descriptivas; aun cuando aceptemos que son genéticamente deducibles —y yo mismo apoyaría este punto de vista— debemos admitir que no se trata de una inferencia obvia de proposiciones predicativas.

A partir de una descripción determinada de la realidad, de su *aprehensión*, surgen mediante un complejo proceso social determinadas evaluaciones —es decir, sistemas de valores reconocidos por determinados grupos— y, en consecuencia, normas aceptadas de conducta. Pero si concluimos que, en determinadas condiciones, ellas no deben modificarse, mi argumentación frente a alguien que se opone a esta sugerencia no puede decidirse mediante una simple apelación a la realidad, sino sólo con referencia al conocimiento de la misma, lo cual implica un factor subjetivo. El criterio de la compatibilidad de la teoría con la realidad no puede aplicarse en este caso, por lo menos no en su sentido simple y directo. De este modo, si decimos que, en las nuevas circunstancias de nuestro tiempo, el desarrollo del marxismo requiere que se enseñe a las personas a tener un pensamiento independiente, y ello supone una extensión radical de la libertad de pensamiento y de palabra, y si alguien disiente con esta afirmación, entonces calificar a cualquiera de las partes de esta disputa como "revisionista" carece de significado, a menos que se adopte la interpretación dogmática de esta palabra, que supone la comparación de todo lo que se dice con la declaración de alguna autoridad reconocida. La apelación a la realidad no tiene sentido en este caso. Lo que está implícito en una proposición normativa es una cierta recomen-

dación; en otras palabras, algo que no está incorporado en ninguna descripción de la realidad.

Según mi opinión, la tercera pregunta es la más fecunda desde un punto de vista pragmático, dado que revela el carácter vacilante de cualquier respuesta. Según sabemos, el consenso general no es recomendable como criterio de verdad, y aún menos el consenso de uno y otro grupo. La decisión de una autoridad es aún menos aceptable. De este modo, cuando no hay criterios objetivos claros y hay también controversias entre las personas implicadas, debemos admitir humildemente que la situación es discutible y que el problema no puede resolverse sin ambigüedades.

Nuestra digresión sobre el concepto de revisionismo nos dará una considerable dosis de escepticismo y cautela para considerar el problema que nos preocupa. Consideremos ahora, con esta lección en nuestras mentes, nuevamente nuestras dificultades con la definición de la palabra "marxista".

Hemos visto que el único concepto de marxismo que justifica esta misma teoría es el de una teoría abierta. Como dijimos, sus proposiciones pueden ser complementarias y alteradas si ello es necesario. Pero ¿quién ha de decidir si ha surgido realmente esa necesidad?

Naturalmente, *cualquiera* que se haya enfrentado con esta pregunta en el curso de una investigación. Puede y debe agregarse una variedad de reservas: quien lo haga debe observar una cautela máxima en los cambios que propone, examinar los puntos de vista de quienes están preparados y tienen experiencia, etcétera. Pero el resultado final no puede cambiar: la decisión descansa en cualquiera que haya ponderado seriamente algún problema, y ése es un derecho de todos. Pensar de otro modo es un triste vestigio de culto a la personalidad, en su sentido literal.

Todo esto parecería un lugar común si no surgiera un cierto "pero" cuando recordamos la doble función del marxismo: conocimiento científico y agente de unión de un movimiento que lucha por metas sociales específicas. Evidentemente, estas funciones están orgánicamente relacionadas y son complementarias, pero de todos modos constituyen dos aspectos de un fenómeno complejo, y apreciar esta diferencia ayuda a comprender nuestro problema.

Desde la perspectiva cognoscitiva, el marxismo no puede y no debe temer ningún cambio propuesto dentro de su marco de referencia: si esos cambios resultan equivocados, serán criticados y rechazados. Este es un procedimiento normal y aceptado en todos los campos de la ciencia y, en tanto *ciencia*, el marxismo no es —ni debe ser— una excepción.

Pero la posición cambia cuando consideramos la función del marxismo como ideología que unifica un movimiento que lucha por determinadas metas sociales. A esta función de ideología Durkheim la calificó en una ocasión de función religiosa; tenía en cuenta así el factor de fe, en el sentido de una creencia profunda y no cuestionada en la justicia de algo, como aglutinante de los movimientos sociales. Sin duda, este factor también se manifiesta en el movimiento social basado en el marxismo,



que a menudo determina la fuerza de las convicciones de las personas y su disposición a hacer sacrificios para alcanzar los fines especificados por este movimiento.

Ahora bien, en este campo un cambio en los principios, opiniones, metas reconocidas y las normas que las acompañan no es una cuestión central. Por el contrario, su relativa estabilidad, tanto como su simplicidad, garantizan (por lo menos en determinadas circunstancias) el mantenimiento de la tensión emocional de la que dependen la fe y la militancia, en especial en lo que a los movimientos masivos se refiere. Por lo tanto, el político pragmático se mostrará sumamente cauteloso antes de aceptar esos cambios, y su disposición ante ellos, como es natural psicológicamente, será de suspicacia: los cambios complican la situación y pueden debilitar la militancia de las masas. Esta consideración no debe minimizarse, pues es de suma importancia. Y es aquí donde comienza la confusión: si la experimentación y la innovación son sumamente útiles e incluso deseables en el campo de la teoría, donde los peligros son desdeñables, en la esfera de la política práctica el asunto es mucho más complejo. Pues, en consideración de los riesgos posibles, incluso el más ferviente partidario de la innovación caminará con pies de plomo si tiene un mínimo de experiencia política y un sentimiento de responsabilidad por la acción desarrollada en el campo social.

Estas dos funciones —la científica y la ideológico-política— no sólo están orgánicamente relacionadas, sino que mantienen una relación de realimentación; es decir, se controlan y se estimulan recíprocamente en su desarrollo histórico. Esto da mayor peso a la observación de que, aunque forman un todo individual, manifiestan, dentro de ciertos límites, tendencias variables e incluso contradictorias. Esta dialéctica surge claramente de los textos. Pero desdichadamente tiende a ser pasada por alto, lo que es aun más peligroso porque ambas funciones del marxismo, a causa de su independencia relativa, tienen en la vida social grupos de representantes separados y relativamente distintos: los teórico-científicos y los ideólogo-políticos prácticos.

Por supuesto, las fronteras que separan a unos de otros no son definidas: evidentemente, puede haber casos de una integración personal —la situación más favorable— pero desgraciadamente esos casos son muy poco frecuentes, y atestiguan una tendencia nada favorable, en este caso, a la “división del trabajo” y la especialización. Esa división se vuelve peligrosa, tanto ideológica como prácticamente, no sólo cuando quienes se “encargan” de estas funciones diferentes de la ideología marxista dejan de percibir y comprender su unidad, sino también cuando pasan por alto sus diferencias. Pueden verse intelectuales marxistas que, aunque están en lo justo al exigir libertad de discusión y creación, descuidan las consecuencias sociales de su trabajo, manifestando con frecuencia una falta de juicio y responsabilidad política bastante infantil (lo cual, como es natural, no ayuda a mejorar su situación ante los políticos). Por otra parte: hay políticos marxistas que, preocupados por las consecuencias so-

ciales de esos cambios, olvidan la unidad de la teoría y la práctica y su responsabilidad por el desarrollo de la teoría.

Aun cuando la estabilidad de los factores ideológicos que ligan a los miembros de un grupo parezca reforzar su capacidad emocional para la lucha y el sacrificio, de hecho esa protección de la unidad a toda costa, hasta el punto de llegar al sectarismo y el dogmatismo, conduce a la larga a una profunda crisis de decepción ideológica; causa una desintegración del grupo consecuentemente más grave, un proceso que a menudo puede resultar incurable e irreversible. Son pobres políticos aquellos que, aunque declaren de labios para afuera estar defendiendo la unidad, están trabajando de la manera más radical y peligrosa por su desintegración, porque no logran apreciar la importancia del adelanto teórico tanto para el desarrollo como para la consolidación de la influencia de su teoría.

Pero volvamos al punto que estamos tratando: ¿quién está autorizado a decidir qué cambios y modificaciones necesitan hacerse en la teoría marxista para adaptarla mejor a la realidad, en el sentido amplio de la palabra? Con las reservas ya señaladas, repitamos la respuesta que ya hemos dado: *cualquiera* que reflexione sobre estos temas. El hecho de que estos cambios resulten o no defendibles es otra cuestión; ello depende de la medida en que los cambios estén bien fundamentados, y de los resultados de su evaluación social. Pero una cosa es segura: en estas cuestiones no hay privilegios; no hay individuos, grupos o instituciones que gocen de una situación de privilegio. Y para estimar los métodos de estos cambios no queda otro camino que la fuerza de los argumentos basados en las premisas teóricas del marxismo y en el análisis de la práctica social.

Esta respuesta a la primera pregunta subraya la significación de la siguiente: ¿hasta dónde pueden llevarse estos cambios sin que el calificativo de “marxista” deje de tener sentido?

Al responder a esta última pregunta debemos distinguir por lo menos tres formas diferentes que puede adoptar.

Primero y antes que nada: ¿qué preguntas son legítimas en relación con el marxismo? A la luz de sus propios principios, *toda* pregunta es legítima, e igualmente legítimo, e incluso necesario, es *todo* cambio en sus proposiciones, si éstas no coinciden con los datos adecuadamente investigados de la realidad. El marxismo es una ciencia, no un credo religioso, y así está sujeto a las leyes generales de la ciencia. Pero si al hacer estos cambios llegáramos a un punto en que el marxismo como *sistema* deja de existir, no tendría sentido seguirse llamando marxista. Se plantea así el problema de un conjunto de concepciones cuya supervivencia es esencial para que se siga hablando seriamente de marxismo.

El marxismo, en tanto teoría, es un sistema formado históricamente de concepciones que componen en primer lugar su filosofía, sociología, economía política, teoría política y método específico de investigación. Es un sistema en el estricto sentido de la palabra: cuando los clásicos del marxismo decían que sus concepciones “no formaban sistema” pensaban en el significado específico de esta palabra desarrollado por la metafísica. Para



decirlo de otro modo, el marxismo es un conjunto de elementos —en este caso, teorías completas— en el cual cambiar uno de los elementos es cambiar también los demás. Por esa razón, rechazar uno de los componentes básicos del marxismo es lo mismo que rechazar el conjunto del marxismo. En consecuencia, no es posible ser marxista “en parte”, aceptando sólo algunas de sus áreas o aspectos; si no se acepta el *sistema* del pensamiento marxista, no se acepta el marxismo y no se es un marxista. Aquí, entonces, encontramos la primera frontera definida que es preciso no sobrepasar para conservar el derecho a seguir llamándose marxista.

En la práctica, empero, en lo que podría llamarse la rutina cotidiana de la ciencia, la investigación es especializada y por lo general se es filósofo, economista, sociólogo, psicólogo, psiquiatra, etcétera, sin ocuparse de los campos restantes, a menudo alejados de los propios intereses, que forman parte del sistema marxista. Considérese el caso de un científico social que en su especialidad acepta el método de investigación y los principios teóricos básicos del marxismo, extrae de él su inspiración y es declaradamente uno de sus partidarios: ¿es un marxista o no? Evidentemente, se trata de una pregunta retórica: por supuesto lo es. Pero lo es en un sentido ligeramente distinto si manifiesta un completo desinterés por los campos del marxismo que se hallan fuera de su campo inmediato de trabajo. El asunto resulta más complejo si concretamente rechaza el marxismo en estos otros campos. En este caso, nos encontramos no ante un marxista sino ante un investigador que emplea las guías metodológicas y teóricas del marxismo en un campo específico. Se trata de situaciones por completo diferentes, tanto como lo son las conclusiones teóricas y prácticas que se extraerán de ellas.

Pero, siendo así, ¿dónde está la frontera que no puede cruzarse sin abandonar el derecho a ser llamado marxista incluso en este segundo sentido, más estrecho?

Cada componente del sistema marxista es una teoría relativamente independiente de la filosofía, la sociología, la economía, etcétera. Cada una de estas teorías tiene la forma de un sistema intelectual estructurado con mayor o menor rigor. Como en cualquier sistema de este tipo, las diversas proposiciones pueden jerarquizarse de acuerdo con su importancia para la estructura de la teoría. Por otra parte, como ya se dijo, el marxismo —tanto en el sentido del conjunto del sistema como de los elementos que lo componen— es un sistema “abierto”; puesto que no es dogmático, se desarrolla, absorbe nuevos elementos, altera otros viejos, etcétera. En principio, nada hay que pueda detener estos cambios si están justificados por el desarrollo del conocimiento humano de la realidad social y física. No obstante, hay límites para estos cambios; si se cruzan estos límites, ya no tendrá sentido hablar del marxismo como de un sistema teórico específico; el sistema dejará entonces de existir y el autor de esos cambios ya no podría pretender que se lo llame marxista. La regla general sería que estos límites están determinados por las tesis básicas de la teoría. No es posible prescribir en detalle cuáles proposiciones cumplirán este papel fundamen-

tal, pero la idea puede ilustrarse con ejemplos, y en una situación como ésta ello resulta suficiente.

Por ejemplo, rechazar el materialismo y adoptar el espiritualismo como concepción del mundo significa renunciar al marxismo como sistema intelectual y así perder el derecho a calificarse marxista. Evidentemente, ésta no es una cuestión de grado. No se trata de si podemos erigir diversas construcciones sobre los principios del materialismo, sino de si rechazamos o aceptamos su proposición básica en el campo de la epistemología (la objetividad de la existencia) y de la ontología (la materialidad de la existencia), la que decide el carácter materialista de una escuela específica. Quien no acepte este principio y adopte cualquier tipo de combinación espiritualista simplemente no es un materialista, y por la misma razón no es un marxista, dado que quita al marxismo su fundamento como sistema teórico específico.

El mismo criterio se aplica al materialismo histórico, al análisis marxista del capitalismo y a su modelo sociopolítico (incluidos los aspectos éticos de las actitudes humanas) de la sociedad socialista.

Para captar todo el significado de esta respuesta, debemos ocuparnos de la tercera versión de la pregunta planteada antes: ¿pueden hacerse cambios y modificaciones en la posición de los clásicos marxistas respecto de estas cuestiones, que consideramos fundamentales? La respuesta, por supuesto, es afirmativa; pueden y deben cambiarse y modificarse las proposiciones de los clásicos de acuerdo con las necesidades de la realidad social y científica en desarrollo. Fue el mismo Engels quien dijo, por ejemplo, que la fama del materialismo debe cambiar ante cada descubrimiento científico importante que revolucione nuestra concepción del mundo. Esto se aplica a fortiori a los problemas sociales.

En otras palabras, los problemas fundamentales del marxismo no son ni una excepción ni un tabú para el investigador. Tampoco pienso en ellos cuando insisto respecto de su posición excepcional dentro del marxismo. Pero una cosa es hacer cambios y modificaciones, aunque sean de largo alcance, en proposiciones teóricas (por ejemplo, al decir que la teoría del reflejo en una de sus formulaciones no resulta sostenible a la luz de los conocimientos modernos respecto del papel del factor subjetivo y, sobre todo, del lenguaje en el conocimiento, o al demostrar que la teoría de los tres niveles de conocimiento está equivocada por razones similares, o al rechazar la concepción de Hegel-Engels del movimiento como contradicción objetiva, o la concepción de la prehistoria de Morgan-Engels sobre la base de los datos en la antropología moderna). Otra cosa diferente es renunciar a esas proposiciones (por ejemplo, reemplazando el materialismo por el espiritualismo, la dialéctica por el evolucionismo grosero, la concepción materialista de la historia por el concepto individualista de los grandes individuos como los únicos y autónomos constructores de la historia, etcétera). En el primer caso, estamos trabajando “dentro” de las proposiciones del marxismo, aunque el hecho de que los cambios estén justificados o no es otra cuestión; en el segundo caso, trabajamos “fuera” de ellas, en el sen-





tido de desdenarlas simplemente por considerarlas equivocadas, rechazando así al mismo marxismo.

Como precaución, permítaseme terminar con una reserva: en todo lo dicho aquí se ha ignorado el problema de la verdad y la falsedad. Es obvio (y lo he subrayado con frecuencia) que la ciencia no conoce tabúes *de ningún tipo* y que no podemos vacilar en criticar cualquier proposición que sea contradicha por la verdad científica. Acá nos hemos ocupado de otro problema: ¿hay un conjunto de proposiciones cuya negación 1) significaría el fin del marxismo como sistema teórico, aun cuando sobrevivieran algunas proposiciones verdaderas, y 2) privaría a quien las descartase del derecho a llamarse marxista? La respuesta a *esta* pregunta es afirmativa, y supone una variedad de consecuencias para el significado de las palabras “marxista” y “revisionista”.

Finalmente, la última pregunta de esta serie: ¿el calificativo de marxista sólo puede ser reclamado por quien elige la teoría con la práctica, extrayendo conclusiones revolucionarias prácticas de la teoría marxista, o también por quien sostiene la teoría marxista pero no es políticamente activo o si lo es, extrae de la teoría marxista conclusiones diferentes de las abrazadas por el movimiento comunista?

Se trata sobre todo de un problema de *definición*. Podemos suponer *ex definitione* que calificaremos de marxista al revolucionario activo que basa su práctica política en la teoría marxista. Pero surge entonces la pregunta: ¿cómo habremos de llamar a los partidarios de Marx que no extraen esas conclusiones prácticas de sus convicciones? Por ejemplo, un científico social (he encontrado muchos académicos así en los Estados Unidos) que se declara marxista y, desde luego, aplica el método marxista en su investigación, pero, por una razón u otra, no se dedica ni proyecta dedicarse a la política activa. Una ampliación tan radical de los requisitos de la definición (es decir, reservar el nombre de “marxista” sólo para aquellos que no sólo comparten las concepciones de Marx en la teoría sino que son también revolucionarios consagrados a la actividad política) me parece no sólo incompatible con las convenciones del lenguaje, sino también origen de una innecesaria confusión conceptual. Sería mejor dejar la palabra “marxista” como descripción de determinadas creencias y actitudes *teóricas*, y reservar para las *actitudes* prácticas otro nombre, por ejemplo, “comunista” o algo semejante.

Esto es sumamente conveniente puesto que el asunto no es tan simple como pareció en un primer momento: lo mismo puede decirse respecto del problema de si las mismas premisas teóricas conducen siempre a sólo una directiva posible para la acción práctica. Hoy en día, vemos claramente que no es así, que hay diversas posibilidades, y que partiendo de una base teórica común podemos arribar a distintas interpretaciones y conclusiones prácticas, lo que no nos da derecho a descartar como no marxistas a las personas que piensan diferente de nosotros.

¿Qué conclusiones pueden extraerse de estas observaciones? Aunque puedan parecer vagas y modestas, son de todos modos importantes para el propósito que nos hemos fijado, puesto que, a pesar de que los proble-

mas son sumamente complejos y requieren mucho análisis, podemos definir con un buen grado de precisión lo que quiere decir “ser un marxista” y, por lo tanto, qué entendemos por revisionismo. Pero el resultado más importante es la convicción de que un investigador que adopta el marxismo y extrae de él conclusiones creadoras de ningún modo está condenado al dogmatismo estéril y a la exégesis de los textos establecidos. Por el contrario, cuanto más creador sea, más “ortodoxo” será en su marxismo. En otras palabras, tiene plena libertad para introducir en la perspectiva de la teoría marxista, nuevas líneas de investigación y nuevos horizontes abiertos por los avances de la ciencia: tiene derecho a introducir cambios en la forma tradicional de la teoría, cuando ellos son dictados por esos avances, y al hacerlo no deja de ser marxista, en la medida en que no realice cambios tan fundamentales como para destruir la teoría misma. Por último, si desarrolla el marxismo creadoramente no podrá acusárselo de “revisionismo”, aunque bien podría él hacer esa acusación a sus opositores que, confundiendo la fidelidad al marxismo con el dogmatismo, traicionan uno de los principios básicos de esta teoría: el tratamiento del conjunto de sus proposiciones básicas como una ciencia, es decir, como un sistema abierto.